

á los hospodares todo pago de tributo á la Puerta, toda comunicación con el sultán, y la injuria de tal proceder había causado un vivo resentimiento. Ardientes predicaciones religiosas habían despertado el antiguo espíritu de fanatismo. A principios de septiembre, numerosos carteles fijados en las mezquitas llamaron á las armas á todos los verdaderos musulmanes. Dos días después, los ulemas depositaron en manos de los ministros una petición reclamando que se publicase la guerra santa. Como la agitación crecía, temióse un levantamiento del viejo partido turco; hasta llegóse á temer el degüello de los cristianos y la deposición del sultán. Aunque evidentemente exagerados, estos rumores revelaban bastante las nuevas corrientes del espíritu público. El 25 de septiembre, Stratford, siempre alerta, envió á su corte un despacho lleno de alarma: «Mañana va á celebrarse un consejo que decidirá la paz ó la guerra,» escribió el embajador británico. Los representantes de las potencias, trastornados por tanta audacia, multiplicaban sus esfuerzos para encauzar una corriente que ya nada contenía. El 26, por la mañana muy temprano, el embajador de Inglaterra se avistó con Reschid y le expuso el peligro de las resoluciones extremas, la desproporción de las fuerzas, lo incierto de un auxilio europeo y los plazos necesarios para que este auxilio llegase. Reschid no negó ninguno de estos peligros. «La decisión está virtualmente tomada,» se limitó á contestar. Stratford, convertido en abogado de la paz después de haber predicado tantas veces la resistencia, no se desanimó. Agotó todos los recursos para convencer al ministro turco y no se separó de él hasta que empezó el consejo. El resultado fué tal como se había previsto. La guerra fué decidida por unanimidad.

Ocho días después, Omer-bajá, general en jefe de las tropas turcas, intimaba al príncipe Gortchakof que evacuara los Principados en el término de quince días con la advertencia de que su negativa tendría por consecuencia la ruptura inmediata de las hostilidades. ¡Cosa singular! Era Turquía, la débil Turquía, la que, contra todos los consejos y por un acto de su voluntad temeraria, precipitaba la crisis: era ella, la potencia desdeñada, la que iba á arrastrar en su seguimiento á los dos grandes Estados de Occidente, lo cual no es una de las menores extrañezas de las largas y oscuras negociaciones que venimos refiriendo.

VII

La tormenta había estallado al fin á orillas del Danubio. Pero aun entonces apareció la repugnancia de Europa á sacrificar al azar de las batallas la venturosa paz de que gozaba hacía cuarenta años. Entre Rusia y la Puerta la ruptura se había consumado: además Francia é Inglaterra acababan de hacer avanzar sus flotas desde Besika hasta las riberas del Bósforo; y, sin salir aún de la neutralidad, habían marcado su puesto en las hostilidades futuras. Dado este gran paso, se esforzaron en no ir más lejos y hasta en retroceder algo si era posible. Los beligerantes procuraron á porfía atenuar sus designios. La Puerta, casi intimidada de su osadía, notificó en términos moderados sus recientes resoluciones á las potencias amigas. Los turcos se contentaban con defender su territorio. Toda su ambición

estaba en que su poderoso adversario no los aplastara y en poder despertar el recuerdo de su antiguo valor. Por su parte, los rusos parecían experimentar cierta repugnancia en tomar una vigorosa iniciativa.

Ambos ejércitos permanecieron algún tiempo en presencia, uno de otro: los rusos concentrados en Giurgew y los turcos en la orilla opuesta del río. A fines de otoño, hubo algunos encuentros bastante sangrientos en las fronteras danubianas y en Asia, pero con fortunas diversas y sin que ninguno de ellos pudiera cambiar la faz de las cosas. Todo ayudaba á la contemporización. El invierno se aproximaba, y es tan riguroso en el valle del bajo Danubio como caluroso es el verano. Aquel río inmenso que separaba los dos ejércitos facilitaba la defensiva, dificultando las operaciones. Había que contar, en fin, con la inercia de los turcos. El sultán anunció por medio de un *hatti-sherif* de 31 de octubre su marcha para el ejército, no en seguida, ni dentro de unas cuantas semanas, sino en la primavera próxima, y ordenaba que sin tardanza le preparasen su escolta. El único que participaba de la actividad del Occidente era Omer-bajá, de origen croata y general en jefe del ejército otomano; pero, aparte de las pasajeras manifestaciones del fanatismo, todo dormitaba en torno de él.

Aquellas felices lentitudes permitían á la diplomacia reaparecer en escena, y no dejaba de hacerlo.

La conferencia de Viena, que todo el mundo creía disuelta, se reconstituyó. El 30 de octubre, los embajadores de Francia, Inglaterra y Prusia se reunieron en casa del Sr. de Buol. En Inglaterra se había lanzado la idea de una nueva Nota. Este medio le pareció insuficiente al ministro austriaco. Rotas las hostilidades, una simple nota no podía detener los movimientos de los dos ejércitos y restablecer la paz comprometida. «La reconciliación sólo puede conseguirse por medio de un tratado, añadía Buol; la mediación no puede tener más que un fin, el de promover y facilitar ese tratado.» Por consiguiente, el ministro austriaco proponía que se enviase á la Puerta una comunicación aconsejándole que diese á conocer sus condiciones. Al mismo tiempo se pediría un armisticio al gobierno de San Petersburgo. Francia é Inglaterra se adhirió á este proyecto. Después de un cambio de impresiones entre París y Londres, los miembros de la conferencia de Viena firmaron en 5 de diciembre un protocolo que era su primer acto oficial, y por medio del cual se presentaban como mediadores entre los beligerantes. El mismo día, por medio de una declaración colectiva, invitaron en términos apremiantes al gobierno turco á que tratase lo más pronto posible. Esta invitación fué transmitida á Stratford, que era el embajador más antiguo en Constantinopla. Drouyn de l'Huys había recomendado ya al general Baraguey d'Hilliers, sucesor del Sr. de Lacour, que apoyase con todas sus fuerzas la nueva combinación, y le había dictado casi los términos de la contestación que sugeriría á la Puerta (1).

Dado este paso supremo, esperóse el resultado con una mezcla de temor y de esperanza. A pesar de todas las decepciones pasadas, parece que la confianza fué más grande que la inquietud; pues, el 9 de diciembre,

(1) Despacho del Sr. Drouyn de l'Huys al general Baraguey d'Hilliers, en Constantinopla, 28 noviembre 1853 (*Monitor* de 1854, pág. 162).

una nota del *Monitor* dejaba entrever una próxima y feliz conclusión. En esto sobrevino un acontecimiento que precipitó en la guerra á los mismos que se abandonaban á las perspectivas de la paz.

VIII

A fines de noviembre, una escuadra otomana, compuesta de siete fragatas, tres corbetas y dos vapores, había salido del Bósforo y entrado en el mar Negro,

de seis navíos de línea, dos fragatas y tres vapores. Contra tales fuerzas, la flota otomana no podía resistir. Sin embargo, como el enemigo avanzara hacia el puerto, la fragata que mandaba Osmán-bajá empeñó valientemente la batalla. Serían entonces las doce y media. La valentía de los turcos no podía compensar la desigualdad del armamento y de los recursos. Las baterías de costado estaban reducidas á la inacción, porque entre ellas y los barcos rusos se encontraban los demás buques otomanos. Al cabo de media hora, una de las



Osmán-bajá

con el objeto de llevar provisiones y refuerzos á la guarnición de Batum, y quizá también, como afirmaron los rusos, para proporcionar auxilios á las tribus insurrectas del Cáucaso. Contrariada por el mal tiempo, la flota había buscado un abrigo en la rada de Sinope. Mientras tanto, el vicealmirante Nakhimof cruzaba entre la Crimea y la Anatolia á fin de impedir las comunicaciones entre los diferentes puertos turcos. Ya había cambiado algunas balas con la marina enemiga y hasta había capturado una fragata egipcia. Los informes de los cónsules y los partes de las autoridades indígenas habían señalado la presencia de su escuadra á lo largo de las costas septentrionales de la Turquía Asiática. El 27 de noviembre, aparecieron algunas velas rusas á la vista de Sinope. Osmán-bajá, jefe de las fuerzas navales turcas, ni continuó su ruta ni retrocedió al Bósforo, sino que permaneció en el fondeadero en que se había refugiado. Tres días después, el 30 de noviembre por la mañana, se vieron entrar en la bahía, no ya algunas velas, sino toda la escuadra de Nakhimof, compuesta

de seis navíos de línea, dos fragatas y tres vapores. Mucho antes de que anocheciera, la desdichada escuadra otomana se hallaba destruída. Más de la mitad de los marinos turcos quedaban muertos, heridos ó prisioneros, ó habían desaparecido, y la ciudad ardía. Los rusos se llevaron al almirante Osmán-bajá herido y prisionero. En aquella lucha desesperada, éstos habían sufrido sensibles pérdidas que atestiguaban el valor de sus adversarios. De toda la flota otomana, sólo un buque, el vapor *Taif*, había podido escapar, y llevó á Constantinopla la noticia del gran desastre.

El 11 de diciembre, un despacho telegráfico, llegado por vía de Viena, informó á París y á Londres de la derrota de Sinope.

La opinión pública no mide siempre los acontecimientos según sus verdaderas proporciones y recibe á veces impresiones violentas contra las cuales sería inútil reaccionar. Consideradas fríamente las cosas, en el suceso de Sinope no había más que una de esas sorpresas navales que justifica el derecho de las armas. Tur-

quía había declarado la guerra; ya se habían librado varios combates en algunos puntos; los rusos no hacían más que oponer hostilidad á hostilidad echando á pique buques cargados de municiones y víveres á tribus insurrectas ó á la guarnición de una ciudad vecina. La historia militar ofrecía frecuentes ejemplos de semejantes destrucciones. Pero el público europeo no razonó. Rusia había disgustado de tal manera al mundo con sus arrogancias, que no se le quería perdonar nada. No se quiso ver más que la odiosa inmolación del débil por el fuerte. Un espectáculo único absorbió á todo lo demás: el de aquella flota destruída sin misericordia, de aquella ciudad reducida á cenizas, de aquellos habitantes inofensivos privados de asilo. La emoción fué tanto mayor cuanto que las primeras noticias exageraron las pérdidas. Dióse por muertos á una infinidad de marinos que pudieron escapar á la lucha y refugiarse en Trebizonda ó en su pueblo natal y reaparecieron más tarde en las filas. Las correspondencias de Constantinopla, escritas bajo el imperio de un verdadero alucamiento, fueron acogidas sin examen, y como la imaginación exagerase la realidad, la impresión pública exhalóse en todas partes en un inmenso murmullo de cólera y de piedad.

Esta emoción se comunicó á las cancillerías y penetró en el alma naturalmente moderada del Sr. Drouyn de l'Huys. Al enterarse, el 11 de diciembre, de los sucesos de Sinope, su irritación fué más viva aún que su pesar. El día siguiente, envió al general Baraguey de Hilliers un despacho que contenía estas líneas altivas y amargas: «El golpe atrevido y afortunado que Rusia acaba de dar no alcanzó sólo á Turquía.» En los días siguientes, sus conferencias con lord Cowley, embajador de Inglaterra, dejaron traslucir resoluciones firmes. La idea de la guerra, largo tiempo rechazada, no asustaba ya. «Nuestro deber está en cubrir el territorio turco», decía Drouyn de l'Huys. Y para cubrirlo, no vacilaba en proponer al gabinete inglés la ocupación del mar Negro por las marinas aliadas. «Obrando así, añadía, impediremos la repetición de la matanza de Sinope: si no podemos conseguir una suspensión de armas en las márgenes del Danubio, la obtendremos al menos en el mar... Rusia arrojó la máscara; probémosle que no la tememos. Las poblaciones ribereñas del mar Negro consideran este mar como un lago ruso; démosles ánimos (1)» Lord Cowley, recibido en audiencia por el emperador, encontró en él la misma energía viril. El 16 de diciembre, Walewski recibió el encargo de comunicar oficialmente al gabinete de Saint-James las miras de nuestro gobierno.

La Gran Bretaña no había esperado este llamamiento para impresionarse. Aunque positivo, el inglés tiene sus horas de entusiasmo. En Londres, la derrota de los turcos no sólo movió á compasión, sino que además lastimó el orgullo. La destrucción de la flota otomana en aguas de Sinope, flotando en el Bósforo el pabellón protector de Inglaterra, fué recibida como un insulto, y esta opinión, con ser tan excesiva, prevaleció en todas partes. Acostumbráronse también los ingleses á la idea de la guerra; pero su lenguaje fué más ruidoso que el

(1) Lord Cowley á lord Clarendon, 16 diciembre 1853 (*Correspondence respecting, etc.*, parte II, pág. 306). — Despacho de Drouyn de l'Huys al Sr. Walewski, en Londres, 16 diciembre 1853 (*Monitor* de 1854, pag. 165).

de los franceses. «Después de una paz de cuarenta años, Inglaterra va á confiar tal vez al azar de los combates su honor y su fortuna.» En estos términos se expresaba el *Times* (2), ese poderoso y fiel órgano de las pasiones, de los prejuicios y de las grandezas británicas. La malevolencia pública se manifestaba contra todos los sospechosos de abrigar simpatías por los rusos, encarnizándose sobre todo contra el príncipe Alberto, á quien se acusaba de defender al zar por complacer á los pequeños Estados alemanes. El ministerio no escapó á tan irresistible corriente. Presidía el gabinete lord Aberdeen, de elevado espíritu y austera conciencia, y uno de los personajes más ilustres que han honrado el parlamento de Inglaterra. Pero, educado en las tradiciones de la política antigua, lord Aberdeen consideraba la Santa Alianza casi como un dogma; su afecto por el zar le velaba las faltas de Rusia; además, á la idea de que la larga paz de Europa iba á ser interrumpida, su alma delicada y escrupulosa se turbaba hasta la ansiedad. Los amigos más ilustrados del noble lord le reprochaban que alentase á Rusia manifestando á cada momento su horror á la guerra y su ardiente deseo de evitarla. Pero en el mismo ministerio había otro personaje, exento de escrúpulos, más excitado que afligido por la perspectiva de las próximas querellas, amante del orden para su país y observando con regocijada calma las agitaciones del continente, espíritu claro y resuelto, de un egoísmo británico que no carecía de grandeza, poseedor de todos los defectos y de todas las cualidades de su raza y, como tal, doblemente popular entre sus compatriotas. En la constitución del gabinete, lord Palmerston, pues tal era su nombre, había sido relegado al Interior. La especialidad de sus funciones no impedía que se mezclase en los asuntos exteriores, y á éstos aportó la ardiente actividad propia de su carácter y de su genio. Su espíritu inquieto y su afición á las aventuras le habían colocado entre los partidarios de la política guerrera. A cada temeridad de Rusia quería oponer alguna temeridad no menos grande. Sobresalía en lanzar una especie de nota aguda que contrastaba con los graves acentos de lord Aberdeen. Decíase que el pífano de Palmerston regocijaba el corazón de Inglaterra. Deseaba la revancha de Tilsitt, es decir, una alianza con un Napoleón contra Rusia, y se burlaba de los proyectos de los conciliadores. «La conferencia de Viena quiere decir Buol; Buol quiere decir su cuñado Meyendorf, y Meyendorf quiere decir Nicolás,» escribía Palmerston (3). Sin embargo, hasta el desastre de Sinope, la corriente pacífica y la corriente belicosa habían luchado en el gabinete inglés con fuerza casi igual. A la noticia de la derrota de los turcos, la opinión pública se pasó decididamente al lado de los belicosos. Lord Palmerston, por un cálculo habillísimo, abandonó el ministerio, para volver á entrar en él como triunfador á los pocos días. Sin ser el primer ministro, sin dirigir oficialmente el *Foreign Office* confiado á lord Clarendon, iba á ser en lo sucesivo el verdadero inspirador de la política nacional; á él estaba reservado sellar la alianza íntima con Napoleón, cuya fortuna había previsto, cuyo golpe de fuerza había merecido su aproba-

(2) *Times*, 27 diciembre 1853.

(3) Carta á lord John Russell, 24 octubre 1853 (*Life of Palmerston*, por EVELYN ASHLEY, tomo II, pág. 50).



LORD PALMERSTON

ción y cuya confianza poseía; él pronunciará ó inspirará las palabras amenazadoras y asumirá animosamente las supremas resoluciones. Decíase en Inglaterra que «bajo el guante de terciopelo de lord Clarendon se ocultaba la garra de Palmerston.»

Este sentimiento público decía bastante cómo iban á ser acogidas las proposiciones de Drouyn de l'Huys. El gabinete británico no solamente se adhirió al proyecto francés, sino que se lo apropió. A fin de evitar la repetición de lo ocurrido en Sinope, decidióse que las flotas combinadas penetrarían en el mar Negro. Todo buque ruso que se encontrase en el mar sería invitado á entrar en Sebastopol ó en el puerto más próximo. Toda agresión contra el pabellón otomano impondría á los marinos aliados el deber de rechazar la fuerza con la fuerza. Se convino, por otra parte, que la flota turca no emprendería ningún movimiento sin la aprobación de los almirantes francés é inglés. En 29 de diciembre una circular de Drouyn de l'Huys dió á conocer á Europa estas graves resoluciones. El día antes había partido un correo para San Petersburgo á fin de comunicar al gobierno moscovita las decisiones de ambas potencias occidentales.

La ejecución siguió de cerca al acuerdo. El 3 de enero de 1854, las dos escuadras zarparon de la bahía de Beicós y, remolcadas por vapores, se dirigieron hacia el Euxino. Un cambio brusco de viento las retuvo algún tiempo en el estrecho, pero al día siguiente penetraron en el mar Negro. La fragata inglesa *Retribución*, que llevaba á bordo un oficial de la marina francesa, se destacó entonces de la escuadra é hizo rumbo hacia Sebastopol, para entregar al comandante de las fuerzas navales rusas las notificaciones de los almirantes aliados. El 6, al despuntar el día, la fragata dobló el cabo Quersoneso, se internó en la rada y á favor de una espesa neblina penetró hasta la embocadura del puerto sin ser vista. Disipada en parte la neblina, todos los fuertes la señalaron, y tres cañonazos disparados con pólvora sola le intimaron la orden de detenerse. En presencia de aquel buque temerario que se había metido en aquellas aguas prohibidas, la sorpresa y la emoción eran grandes, tan grandes que, desde la cubierta de su buque, los ingleses podían observar, en lo alto de las murallas de Sebastopol, las idas y venidas de los marinos asustados. Una canoa montada por un oficial ruso abordó la fragata y la invitó á retroceder fuera del alcance de las baterías exteriores. El comandante británico manifestó que únicamente tenía que entregar unos despachos. «Los reglamentos son formales, replicó el ruso; retiraos fuera del alcance de las baterías y recibiremos entonces vuestros despachos.» La *Retribución* se alejó á lo largo de las murallas y fué á fondear en alta mar donde le habían indicado. De paso, los oficiales ingleses tuvieron tiempo de observar las defensas marítimas de la plaza, que les parecieron formidables, y de estudiar en sus principales contornos aquella ciudad de Sebastopol, que pronto había de ser tan famosa. Cuando el buque británico se hubo detenido, la embarcación rusa volvió á recoger el mensaje de los almirantes, breve resumen de las recientes resoluciones de Francia é Inglaterra. Habiendo llenado su misión, la fragata hizo los saludos usuales, y doblando otra vez el cabo Quersoneso, se alejó con rumbo hacia

el Sur. Reunióse en aguas de Sinope con el grueso de la escuadra, que, continuando su ruta, se puso á explorar las costas meridionales del mar Negro, sin que ningún buque ruso se mostrase en el horizonte (1).

IX

Para los zares, el mar Negro era dominio suyo exclusivo. Forzar su entrada equivalía á comenzar la guerra. Desde aquel momento, el verdadero enemigo no era Turquía, la pobre Turquía, la Turquía en decadencia que todo el mundo desdenaba; eran los que habían osado desplegar su bandera en la propia rada de Sebastopol. El debate adquirió mayores proporciones. Hacía tiempo que los *Santos Lugares* quedaban relegados al olvido, á lo sumo se pensaba todavía en el *protectorado de los griegos*. Ya no se trataba de redactar notas ni de conciliar expresiones, trabajo de Penélope incésantemente reanudado y destruído. ¡Atrás esas querellas bizantinas! El duelo no es ya entre el zar y el sultán, sino entre Rusia y los dos grandes Estados que habían substituído á Turquía al extremo de relegarla á la sombra de donde no había de volver á salir.

El secretario de la embajada francesa Sr. de Reiset, portador de los despachos de su gobierno, había sido detenido por las nieves en Alemania. Hasta el 10 de enero no llegó á San Petersburgo con el mensaje de que ya tenían conocimiento, pero que aún no había sido notificado oficialmente.

El 12, Castelbajac comunicó á Nesselrode las resoluciones de su gobierno. Al día siguiente, sir Hamilton Seymour hizo otro tanto en nombre de Inglaterra. Inmediatamente reunióse un gran consejo de dignatarios del Imperio. La irritación era grande; aumentó cuando se supo que la última circular del Sr. Drouyn de l'Huys había sido publicada en el *Monitor*, y creció más todavía cuando un ayudante del príncipe Menschikof llegó á toda prisa siendo portador de la intimación de los almirantes aliados, cuando se supo que se habían consumado los hechos, al extremo de que hacía cerca de ocho días que los pabellones de Francia é Inglaterra flotaban en el mar Negro.

Nesselrode no perdió un instante para protestar, y lo hizo rectificando á su manera, aunque no sin exactitud, el relato de los sucesos de Sinope, origen de las nuevas complicaciones. El canciller terminaba diciendo: «¿Quiéren las potencias un armisticio naval? Pues que se expliquen sobre la naturaleza de ese armisticio... La paz se halla comprometida... Basta un azar para producir una colisión, y el emperador declina de antemano toda responsabilidad.»

A esta solemne protesta, el canciller añadía la exposición de las miras de su amo: «Las potencias occidentales afirman que la entrada de las flotas en el mar Negro no ha tenido otro fin que el de impedir todo conflicto. Sea; pero este resultado no puede obtenerse sino por medio de una justa reciprocidad. Deberá entenderse, pues, que la escuadra turca, no menos que la escuadra rusa, se abstendrá de toda agresión. Además no deberá permitirse á los turcos que se comuniquen

(1) Véase el parte del capitán Drummond, comandante de la fragata *Retribución* (*Eastern papers*, parte VII, págs. 10 y 11).